

Mi vida en comunidad

Un camino gozoso

Emmy Arnold
Cofundadora
del Bruderhof

Prólogo de
Harold Segura Carmona

Plough

Un camino gozoso

Esto es una vista previa. Obtenga el libro completo aquí.

Un camino gozoso

Mi vida en comunidad

Emmy Arnold

Prólogo de Harold Segura Carmona

Traducción de Claudia Amengual

Plough

Esto es una vista previa. Obtenga el libro completo aquí.

Publicado por Plough Publishing House
Walden, Nueva York
Robertsbridge, Inglaterra
Elsmore, Australia
www.plough.com

Edición en inglés © 1999, Plough Publishing House
Todos los derechos reservados

Este libro fue originalmente publicado en 1964
bajo el título *Torches Together*. Reimpresiones en 1971 y 1976.
Primera edición en español © 2024, Plough Publishing House.

Las fotos que aparecen en este libro
pertenecen al Archivo Histórico del Bruderhof.

Imagen de la cubierta: Wassily Kandinsky, *Paisaje con casa verde*, 1909.
Dominio público.

28 27 26 25 24 1 2 3 4 5

ISBN: 978-1-63608-099-4

Si no se señala al contrario, las citas bíblicas provienen de la versión Reina Valera Actualizada de 2015 (RVR-2015). Copyright © 2015 por la Editorial Mundo Hispano.

Un registro de este libro está disponible en el catálogo de la Biblioteca Británica.
Datos de catalogación en publicación en la Biblioteca del Congreso.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Names: Arnold, Emmy, author. | Arnold, Emmy. *Torches together*.
Title: Un camino gozoso : mi vida en comunidad / Emmy Arnold, Cofundadora del Bruderhof ; prólogo de Harold Segura Carmona.
Other titles: Joyful pilgrimage. Spanish
Description: First Spanish edition. | Walden, New York : Plough Publishing House, [2024] | Translation of: A joyful pilgrimage. | Summary: "The memoirs of Emmy Arnold, co-founder of the Bruderhof, a Christian communal movement"-- Provided by publisher.
Identifiers: LCCN 2023040210 (print) | LCCN 2023040211 (ebook) | ISBN 9781636080994 (trade paperback) | ISBN 9781636081298 (adobe pdf)
Subjects: LCSH: Bruderhof Communities--History. | Arnold, Eberhard, 1883-1935. | Arnold, Emmy.
Classification: LCC BX8129.B64 A818 2024 (print) | LCC BX8129.B64 (ebook) | DDC 289.7092 [B]--dc23/eng/20231122
LC record available at <https://lcn.loc.gov/2023040210>
LC ebook record available at <https://lcn.loc.gov/2023040211>

Esto es una vista previa. Obtenga el libro completo aquí.

Índice

Nota del editor vii

Prólogo ix

1. Los orígenes **1**
2. La búsqueda **16**
3. Sopla el viento **26**
4. Los comienzos en Sannerz **41**
 5. La crisis **65**
 6. Un nuevo comienzo **78**
 7. El Bruderhof del Rhön **90**
 8. El viaje a América **110**
9. Entre el tiempo y la eternidad **126**
 10. Antes de la tormenta **135**
11. El conflicto con el Estado hitleriano **140**
12. La última batalla de Eberhard **157**
 13. La lucha continúa **167**

Epílogo 185

Nota del editor

Resultaba natural que, por ser el único miembro fundador del Bruderhof aún con vida después de la Segunda Guerra Mundial, un día se le pidiera a Emmy Arnold que escribiera su historia. Ya andaba por sus setenta cuando comenzó el proyecto, pero los detalles de su relato permanecían tan vivos para ella como si hubieran sucedido el día anterior.

El texto original de *Un camino gozoso*, escrito a mano en alemán, surgió a partir de las notas de autora, algunas de ellas tomadas en épocas tan lejanas como la década de los treinta. Al llegar los sesenta había varios volúmenes con esas notas. «No quiero que esos hechos y esas personas sean olvidados», solía decir. En 1964 fue preparado, traducido y publicado un manuscrito de extensión considerable bajo el título *Torches Together* («Antorchas juntos»)¹.

Además de las revisiones y las correcciones relacionadas con algunos hechos, nuevos detalles y anécdotas han sido incorporados a la presente edición. Aunque algunos son el resultado de una investigación reciente, la mayoría proviene del diario inédito de la autora y de otros documentos personales.

Por tratarse de un libro que registra las dificultades y las alegrías de vivir de una manera nueva en una era nueva, corresponde que esta edición de las memorias de Emmy Arnold esté disponible para un número más amplio de lectores. Ni la nostalgia ni un anhelo sensiblero de tiempos pasados la motivaron. En lugar de eso, fue impulsada por su visión de una sociedad futura construida sobre la justicia y el amor, así como por su deseo expectante de la venida del reino.

1 N. de la T.: La presente traducción ha sido hecha a partir del texto en inglés traducido de la versión original en alemán. Solo a efectos ilustrativos, los títulos de aquellas obras literarias de las cuales no se haya encontrado una versión al español aparecen en la presente traducción en su versión original y, a continuación, traducidos al español entre paréntesis. Asimismo, los títulos de las canciones de las cuales no se haya encontrado una versión al español aparecen directamente traducidos al español.

Prólogo

Al escribir este prólogo siento algo del temor reverencial que sintió Moisés, cuando el ángel del Señor se le apareció para invitarlo a formar parte de su proyecto liberador y le ordenó que se quitara las sandalias de sus pies porque estaba pisando terreno sagrado (Ex. 3:5). Tener en mis manos *Un camino gozoso: mi vida en comunidad* de Emmy Arnold (1884–1980) me hace sentir en un territorio sagrado de la literatura cristiana de inicios del siglo xx. Tras el libro está la autora, tras ella, el movimiento Bruderhof —el que fundó junto con su esposo Eberhard Arnold, después de la Primera Guerra Mundial— y tras estos veo la obra del Dios vivo.

Ese trasfondo de fe revolucionaria y alternativa respalda el texto que ahora, ¡por fin y para alegría nuestra!, se ha publicado en el idioma de Cervantes. Es un libro inspirador que llega en un momento de grandes cambios y retos para las comunidades de fe hispanohablantes, ya sea en América Latina, el Caribe, España o el vasto mundo de las personas latinas en los Estados Unidos. En el caso de los países latinoamericanos, con una historia católica de más de cinco siglos, y en el caso evangélico, con más de un siglo de peregrinaje de fe, nos ha llegado el momento de mirar hacia atrás para poder seguir adelante. El libro de Emmy Arnold es un recurso infaltable para esa transformación cristiana que nos aguarda en estos próximos años.

Ella y su esposo, influenciados por el Movimiento de la Juventud Alemana y el anabautismo del siglo xvi (de este último proviene mi mayor inspiración como seguidor de Jesús), fundaron la comunidad cristiana Bruderhof. Esta, con el paso de algunos años, llegó a ser un movimiento caracterizado, como lo fue el cristianismo radical del siglo xvi, por su compromiso infatigable a favor de la paz, la conformación de comunidades de vida (no solo congregaciones, sino comunidades), la resistencia política ante las arbitrariedades de los

poderes de turno y el testimonio de discipulado valiente y audaz, hasta subversivo. De esa raíz radical del evangelio surge el fruto de *Un camino gozoso: mi vida en comunidad*. Es un testimonio que surge de la vivencia comunitaria y de lo que esa experiencia puede entre-garnos hoy para vivir nuestra fe personal y comunitaria.

Emmy nos conduce, trecho a trecho, por su peregrinaje espiri-tual, como bien lo explica el editor, con textos que provienen de su diario inédito y otros documentos personales. ¿Son sus memorias? ¿Diarios testimoniales? ¿Textos pastorales para quienes desean atre-verse a vivir de una manera diferente? Es todo esto y más. Podría aquí compararlo con otros textos similares, como la autobiografía de Ignacio de Loyola (s. XVI), las cartas del Hermano Lorenzo (s. XVII) o la autobiografía de John Bunyan, el líder puritano bautista (s. XVII), pero mejor no entrar en las comparaciones —siempre arriesgadas— y dejar este texto espiritual en la exclusividad de su estilo y en la riqueza de su legado.

Soy el primero en agradecer a la casa editorial Plough Publishing House por esta publicación, de la que ahora podemos disponer en castellano. Es un regalo y una bendición para las iglesias, las personas cristianas y todas aquellas interesadas en descubrir el significado de seguir a Jesús en comunidad, de cara a la realidad social y de espaldas a los poderes, que con todas sus fuerzas intentan frenar ese intento. Es, en mi opinión, una memoria espiritual para ser apreciada, cele-brada y meditada con la pasión de quienes, en estas tierras, queremos dar testimonio de Jesús y de la urgencia de su evangelio.

En medio de las fracturas de nuestro mundo, se necesitan voces como las de *Un camino gozoso: mi vida en comunidad*, que nos iluminen con la fuerza del testimonio para arrojarnos luz sobre las densas tinieblas de la injusticia, la violencia, el odio y la exclusión. El texto es un llamado a actuar, a abandonar los viejos y trillados senderos de las divisiones para abrirnos paso hacia una vida plena y significativa en Jesús, el maestro de Nazaret. Para vivir la vida en comunidad que él vivió, servir con la ternura que él lo hizo y anunciar el amor que nos redime.

Volvamos a la experiencia de Moisés. Después de quitarse sus sandalias, se cubrió su rostro, “porque tuvo miedo de mirar a Dios”

(Ex. 3:6). En mi caso, he terminado de leer el libro con asombro reverente al saber lo que el Señor puede hacer con personas que, tal como lo hizo Emmy Arnold, se quitan sus sandalias y se atreven a vivir la fe en medio de nuestro mundo, tan caótico como necesitado de personas que asuman el discipulado con la radicalidad del Maestro.

Harold Segura Carmona
*Director del Departamento de Fe y Desarrollo
de World Vision de América Latina
Colombia-Costa Rica
abril de 2023*

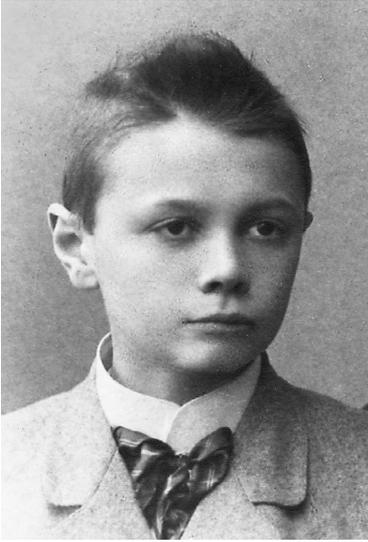
Los orígenes

Dado que se me pidió que escribiera la historia de mi vida, quiero contar un poquito de todo lo que recuerdo. En especial, quiero contar acerca de los primeros años de las comunidades del Bruderhof (ya que soy una de las pocas personas que aún los recuerdan) y de cómo fuimos visitados e inspirados por el Espíritu a pesar de nuestras debilidades y nuestros errores humanos. Realmente no sé por dónde empezar, pero debido a que mi historia personal de algún modo es parte de todo ello, comenzaré por ahí.

Mi esposo, Eberhard, y yo provenimos de círculos académicos de clase media alta. Los dos disfrutamos de una infancia protegida y no tuvimos mucho contacto con personas de otras clases. Aunque ambos siempre sentimos que teníamos una gran deuda de gratitud con nuestros padres, también sentimos que debíamos seguir nuestro propio camino. Por alguna razón, no sentíamos que nuestra vida estuviera completa. Anhelábamos una vida más plena y significativa, y no podíamos evitar un cierto aburrimiento.

Eberhard nació el 26 de julio de 1883, en Königsberg, Prusia Oriental. En esa época, su padre, Carl Franklin Arnold (nacido en Williamsfield, Ohio, el 10 de marzo de 1853), daba clases en la escuela secundaria de Königsberg. La madre de Eberhard, Elisabeth Arnold (de soltera, Voigt), provenía de círculos académicos tradicionales. Había nacido el 20 de setiembre de 1852, en Oldemburgo, Alemania. Eberhard era el tercer hijo. Tenía un hermano y tres hermanas. Cuando aún era un niño pequeño, su padre fue nombrado profesor de Teología e Historia Eclesiástica en la Universidad de Breslavia, Silesia.

Según me contaron, Eberhard fue un niño vivaz y travieso que solía causar muchos problemas, especialmente a sus maestros quienes, al igual que los padres de sus compañeros de clase, no siempre estaban



Eberhard Arnold a los catorce años de edad.

conformes con la influencia que ejercía en los otros alumnos. Ya en aquella época se sentía atraído por los pobres y los vagabundos. Esas personas le parecían mucho más naturales y cálidas que aquellas pertenecientes a la clase media. Era algo difícil de comprender para sus padres y trajo una serie de conflictos. Una vez, por citar un caso, Eberhard entabló amistad con un vagabundo que pasaba por el lugar. Antes de separarse intercambiaron gorras y, poco después, ¡su madre descubrió que Eberhard tenía piojos!

A los dieciséis, Eberhard no se sentía satisfecho con el exceso de formalidad de su vida hogareña. Ese verano pasó sus vacaciones en la rectoría de uno de sus tíos, Ernst Ferdinand Klein, en Lichtenrade, cerca de Berlín. En ese lugar conoció una clase de cristianismo que jamás había vivido antes.

Debido a una experiencia personal de Cristo en su anterior parroquia en Silesia, donde había muchos tejedores que recibían una paga muy baja, *Onkel* Ernst había tomado la decisión de apoyar a los pobres. Esto le había acarreado una buena dosis de hostilidad por parte de los parroquianos más ricos y se había visto obligado a renunciar a su pastorado.

Una vez, Eberhard presenció una conversación que su tío mantuvo con un joven oficial del Ejército de Salvación. Escuchó lo que decían con gran interés. El modo fraternal en que aquellos dos hombres conversaban y el amor a Cristo que vio en ambos avivaron en el joven de dieciséis años un profundo anhelo de encontrar por sí mismo la fuente de ese amor.

Al regresar a casa después de esas vacaciones, Eberhard comenzó a poner más ahínco en encontrar a Cristo. Tiempo después me contó cómo en octubre de 1899, luego de una prolongada lucha interior, un día había visitado a un joven pastor tras haberlo escuchado hablar.

Esto es una vista previa. Obtenga el libro completo aquí.

Cuando Eberhard le preguntó acerca del Espíritu Santo, el pastor dijo: «Es ese mismo Espíritu el que te ha traído aquí». De ese modo Eberhard experimentó la conversión.

Eberhard se mostró conmovido al contarme acerca de esa etapa de su vida. Fue en esa misma época que el Movimiento de Fraternidad (que había tenido su origen en Inglaterra y en Estados Unidos) se estaba expandiendo en Alemania, Suiza y otros países. Los miembros de ese movimiento sentían que Cristo era más que el Hijo de Dios: era su Redentor. Pero iba incluso más allá. Las personas se reunían en los hogares particulares y formaban grupos y hermandades donde juntas celebraban el culto. Algo había empezado a moverse. Inmediatamente después de su propia conversión, Eberhard intentó establecer contacto con esos grupos.

El primer paso fue hablar con sus padres y maestros, en un esfuerzo por aclarar las cosas. Lamentablemente, ni lo entendieron ni le creyeron. ¡Un maestro incluso creyó que Eberhard estaba haciéndose el gracioso y lo echó del salón por bromista! Pero poco a poco las personas empezaron a aceptar el hecho de que estaba hablando en serio. Sus compañeros de clase pronto comenzaron a reunirse en torno a él y así se formó un pequeño grupo. Como resultado, la habitación de Eberhard rara vez estaba vacía y le resultaba difícil dedicarse a sus tareas curriculares.

La situación empeoró cuando Eberhard comenzó a relacionarse con el Ejército de Salvación. Con frecuencia asistía a sus reuniones, atraído por sus intentos de poner el cristianismo en acción y su preocupación por la mala situación de los oprimidos. Por las noches también visitaba, junto con sus miembros, algunas de las áreas más difíciles de Breslavia. Eberhard lo hacía, según me contó más tarde, porque se sentía llamado a salvar a aquellos que estaban perdidos y a llegar a las personas más desesperadas del «decil sumergido», como solía llamarlos el viejo general del Ejército de Salvación, William Booth.

Como era de esperar, los acontecimientos produjeron gran preocupación en el hogar de los Arnold, especialmente cuando los padres de Eberhard descubrieron que por toda la ciudad había unos carteles donde se leía: «¡Atención! ¡Esta noche, el misionero Eberhard Arnold hablará ante una gran concurrencia!». Los alumnos de las escuelas

secundarias tenían prohibido por ley hablar en público, y aquel desdén de Eberhard por la ley no hizo más que agravar la ya tensa relación con sus padres. Ya entonces (como sucedería varias veces más tarde), el padre de Eberhard temía que lo obligaran a abandonar su cátedra en la universidad por causa de aquel hijo tan maleducado que estaba destruyendo su buena reputación.

Las autoridades de la secundaria no demoraron en dar por terminadas las apariciones públicas de Eberhard, y sus padres, aprovechando una oportunidad para que cambiara de ambiente, lo enviaron a un pequeño pueblo llamado Jauer para que continuara allí sus estudios. Se esperaba que durante su estadía en Jauer, Eberhard preparara sus exámenes finales, sin ser molestado por tantas interrupciones. Sin embargo, incluso allí, un pequeño grupo se congregó en torno a él para llevar adelante estudios bíblicos regulares. A pesar de todo, Eberhard logró graduarse. Muchos años después, incluso luego de su muerte, conocí a personas que aún recordaban esa etapa juvenil de Eberhard. Así de grande era su fervor hacia Jesús. Muchos decían que durante aquellos años habían recibido una guía interior para toda la vida.

Por un tiempo, Eberhard se preguntó si debía unirse al Ejército de Salvación. Un verano, mientras estaba de vacaciones en el Mar del Norte, batalló con esa pregunta como nunca. Su amor hacia aquellos que estaban «perdidos» y eran tratados injustamente —aquellos por quienes Cristo había venido— lo atraía hacia el Ejército de Salvación. Aun así, cada vez se daba más cuenta de que dicho movimiento proponía un abordaje de la realidad desde una perspectiva religiosa demasiado parcial, y que carecía de una cierta profundidad en el modo de afrontar los diversos problemas sociales que se le presentaban.

Fue entonces cuando Eberhard decidió no unirse al Ejército de Salvación, a pesar de que siempre mantuvo hacia sus miembros un sentimiento especial de amor y amistad. Ya al final de su vida continuaba asistiendo a sus reuniones cuando le era posible e incluso tomaba la palabra de vez en cuando.

Quisiera ahora contar acerca de mi niñez y mi juventud. Nací el 25 de diciembre de 1884, en Riga, Letonia. Fui la segunda de los siete

hijos —cinco niñas y dos varones— de Heinrich y Monika (de soltera, Otto) von Hollander. Recuerdo muy poco de la primera etapa de mi infancia, porque solo tenía cinco años cuando abandonamos nuestra patria. La presencia rusa en la ciudad iba en constante aumento y, como muchas otras familias alemanas del Báltico, emigramos hacia Alemania para escapar de aquella influencia. Nuestros padres querían que creciéramos como alemanes. No volví a ver Riga nunca más. En la primavera de 1890 partimos rumbo a Jena para establecernos allí.

No sé si se debe a que nací un 25 de diciembre, pero la Navidad —cuando el Niño Jesús nació para salvar a la humanidad— siempre fue algo celestial para mí. A medida que fui creciendo, el significado de esa época especial empezó a conmoverme hasta lo más profundo de mi corazón y a influir en mí de una manera poderosa.

Mi mejor compañera de juegos y camarada de toda la vida fue mi hermana Else, apenas once meses y medio más pequeña que yo, con quien compartía todo. Hasta el final de su vida nos llevamos bien. Cuando niñas, hicimos muchas travesuras juntas. Yo siempre lideraba, y Else se sumaba con entusiasmo.

Me cuentan que era una niña salvaje: ningún árbol era demasiado alto para que yo lo trepara y no dejaba pasar ningún tren sin intentar mantener el paso corriendo a su lado. Era demasiado inquieta y salvaje para el gusto de mi madre, quien a menudo decía: «¡Deberías haber sido niño!» Cuanto más repetía esto, más reservada me volvía yo hacia ella.

Cuando, en la primavera de 1891, ingresé a la escuela, mi interés en aprender era escaso. Mi maestra era la estricta Fräulen Ludewig, más interesada en estudiantes modelo que en un marimacho como yo. En la escuela no podía quedarme quieta. Apenas podía esperar el recreo o el final de la clase para volver a mis juegos y a inventar nuevas travesuras. Pero, a pesar de aquel comportamiento salvaje e inadecuado, algo distinto —quizá una urgencia por encontrar a Dios— comenzó a crecer dentro de mí. Cuando mi hermano pequeño murió súbitamente a sus nueve meses, reflexioné acerca de adónde habrían ido él y los otros muertos. Y, cuando levanté los ojos hacia las estrellas, me pregunté si estaría en alguna de ellas.



Else (*izquierda*) y Emmy (*derecha*) von Hollander en Riga, ca. 1890. Fueron inseparables en su niñez y mantuvieron una estrecha amistad hasta la muerte de Else en 1932.

Luego de mudarnos a Alemania, mi padre volvió a dar todos los exámenes para doctorarse en Derecho. Esperaba ser aceptado para una cátedra en la Universidad de Jena. Lamentablemente, eso no sucedió, así que no mudamos a Weimar, donde mi padre había recibido una propuesta del Gran Duque de Sajonia-Weimar para ocupar el puesto de defensor público.

Todo era elegante y acartonado en la Sophienstift, la escuela a la que asistía en Weimar. Las familias aristocráticas se relacionaban entre ellas y menospreciaban a los alumnos de clase media con quienes no se mezclaban. Constituían una verdadera casta. En general, mis hermanas y yo nos juntábamos con esas niñas —eso se esperaba de nosotras—, aunque hubiéramos preferido correr a través de los campos y jugar en el bosque como solíamos hacer en Jena.

Vivimos en Weimar solo durante un año y medio, pero en ese tiempo experimenté la muerte de varias personas que conocía personalmente y eso dejó una impresión duradera en mí.

En los servicios dominicales para niños a los que asistía, el mensaje del evangelio llegaba hasta el fondo de mi corazón. Ya entonces me

prometí que no viviría para mí misma, sino para Dios y mi prójimo. Tendría unos once años en aquel momento. Mi madre en particular, así como otras personas, no comprendían mi «rareza»: mis momentos de búsqueda de una verdad religiosa, por un lado y, por el otro, mi tendencia a ser rebelde y despreocupada.

No pasó mucho antes de que mi padre mostrara su disconformidad con su puesto. Después de pasar el verano de 1897 en Bad Berka, en octubre nos mudamos a Halle, sobre el río Saale. Al principio, estaba entre los revoltosos, pero a través de mi amistad con una niña de mi edad, Lisa Franke, experimenté un renovado anhelo de Dios y de Cristo. Jamás hablé de esto con nadie excepto Lisa —tenía apenas trece años—, pero, como ella compartía mi fe infantil y viva, desde el comienzo nos sentimos próximas. Dos cosas me atrajeron hacia Lisa: en primer lugar, ambas aborrecíamos el flirteo tan común entre nuestros compañeros de clase y ni siquiera leíamos historias de amor. En segundo lugar, las dos estábamos determinadas en la búsqueda de una verdadera vida cristiana. Estábamos de acuerdo en que las dos queríamos permanecer célibes, volvernos diaconisas y cuidar a los enfermos, cuando fuéramos mayores: sin duda, era la mejor forma de servir a Dios y al prójimo.

Pronto comencé a asistir sola a la iglesia y a reuniones religiosas, y llevaba a casa libros tales como aquellos escritos por y sobre Zinzendorf, así como el libro de Otto Funcke *Fußspuren des lebendigen Gottes auf meinem Lebenswege* («Huellas del Dios vivo en el camino de mi vida») y el de Thomas de Kempis, *La imitación de Cristo*. Durante varios años Lisa y yo asistimos a los servicios para niños que conducían el pastor Meinhof y el pastor Freybe. La determinación de este último de llevar una vida cristiana me impresionó profundamente.

En 1901 mis días escolares llegaron a su fin, y comencé a tomar parte de forma más



Cuando jóvenes, Lisa Franke (izquierda) y Emmy (derecha) decidieron entregar sus vidas al servicio de Dios entre los pobres.

activa en la vida eclesiástica de Halle. También leía más y estaba especialmente interesada en Zinzendorf (1700–1760), el conde moravo, y en la fundación de Herrnhut, su comunidad cristiana.

Un buen amigo de aquella época fue el pastor Hans Busch, con quien a menudo visitaba a los ancianos y a los enfermos de nuestra parroquia. Eran hogares pobres y olían muy mal; las condiciones eran a veces tan malas que apenas podía ingresar en ellos. Pero una y otra vez recobraba la compostura; sentía que el amor debía sobreponerse a mis emociones.

Mientras tanto, la vida en casa se había vuelto más difícil. Mi padre no se sentía feliz en Halle, probablemente porque no estaba progresando en su carrera, como había esperado. Yo no comprendía todas aquellas tensiones.

En la Pascua de 1902, cuando andaba por mis diecisiete, tomé un trabajo de media jornada en la casa de la diaconisa. Debido a mi edad, no se me permitía dormir allí, sino que debía vivir en mi casa con mis padres. Al principio, solo trabajaba unos días a la semana, aliviando las tareas de otras enfermeras, pero pronto me ofrecieron un trabajo de jornada completa en el pabellón infantil, donde fui testigo de mucho sufrimiento.

Cuando, en 1903, Margarethe, mi hermana menor que entonces tenía catorce años, murió en ese pabellón como resultado de una apendicitis, de nuevo decidí que debía buscar un propósito más profundo para mi vida. No podía soportar la idea de quedarme en casa con mis hermanas, ser solo una hija más en una familia más de clase media. Pero luego de la muerte de Margarethe, mis padres me pidieron que regresara a casa; querían tener alrededor a los cinco hijos que les quedaban. Por esos días la nueva jefa de enfermería en la casa de la diaconisa me estaba causando problemas en el trabajo, así que acepté hacer una pausa, al menos por un tiempo.

Al llegar mayo me fui a vivir con la familia del pastor Freybe, quien había perdido a su hijo de siete años y me había pedido que fuera a vivir con ellos. Jamás olvidaré esos meses en la casa parroquial. Mi estadía allí se caracterizó por discusiones acerca de cómo dedicar mejor la vida a Cristo. Visitaba a los enfermos y a los ancianos de la parroquia, hacía turnos nocturnos y cuidaba a muchos niños pequeños. Poco antes de Navidad, regresé a casa.

A mis veinte (en junio de 1905), habiendo alcanzado la edad requerida, comencé a trabajar como enfermera practicante en la casa de la diaconisa en Halle. Al principio, trabajé en el pabellón femenino. Los turnos eran largos y el trabajo, duro; no existían las jornadas de ocho horas. La vida en la diaconía se parecía mucho a la vida en un convento. Asistíamos a numerosos servicios religiosos, y aprendí acerca de la esencia de la vida. «¿Qué quiero? Quiero servir. ¿A quién deseo servir? Al señor, en su pueblo pobre y necesitado. ¿Y si envejezco haciendo esto? Entonces mi corazón crecerá como una palmera. ¿Y si muero haciendo esto? La reina Ester dijo: “Si perezco, que perezca”, y ella no conocía a Aquel por cuya causa uno puede morir».

Todo eso me provocaba gran alegría. Luego de varias semanas, me entregaron el vestido y la cofia de diaconisa practicante, y hubo una celebración para las auxiliares de enfermería recién graduadas. Una vez más se nos recalcaaba cuán serio era convertirse en diaconisa.

Lamentablemente, poco después caí enferma. Mi padre pidió que se me concediera una licencia de cuatro semanas, pero se la denegaron: el pastor de la casa de la diaconisa dijo que las empleadas podían ser cuidadas allí mismo por las otras enfermeras. Pero mi padre se mantuvo firme. ¿Qué debía hacer yo? Finalmente, decidí volver a casa.

En febrero de 1906, luego de varias semanas de convalecencia, comencé a trabajar en el hospital de distrito en Salzwedel, donde cuidaba a hombres. Las cosas eran muy diferentes en Salzwedel de lo que habían sido en la casa de la diaconisa. Había ceremonias religiosas, es cierto, pero escasa devoción. En lugar de eso, la ambición y los celos dividían a las enfermeras y volvían el trabajo, de por sí extenuante, mucho más arduo. Dos de los hombres jóvenes que estaban a mi cuidado murieron durante una epidemia de tifus. Luego, Hertha, una íntima amiga mía de Halle, que solo tenía veinte años, murió por causa de una apendicitis. Esas muertes me hicieron reflexionar y me desafiaron a dedicarme a algo significativo: vivir por aquello que es eterno e imperecedero.

En la primavera de 1907, volví a casa para las vacaciones. Lo que iba a experimentar allí fue algo completamente inesperado, así como

nuevo y apasionante. Mi plan era quedarme solo unas pocas semanas para descansar, pues me sentía llamada a hacer el trabajo que había elegido, pero fue entonces cuando mi vida realmente comenzó.

En aquella época, Ludwig von Gerdtell, un reconocido orador, acababa de completar una serie de conferencias en el auditorio más grande de Halle. Sus temas eran «La expiación de Cristo», «¿Puede el hombre moderno creer aún en la resurrección de Jesús?», «¿Hay suficiente evidencia histórica acerca de que Cristo se levantó de entre los muertos?» y otros. Aunque no había escuchado antes a von Gerdtell, me sentí atraída hacia él por los relatos entusiásticos de mi hermano



Emmy (derecha) y otra enfermera practicante juegan a bochas, 1906.

y mis hermanas, a través de amigos y conocidos e incluso a través de algunas personas en las tiendas o en la calle. Tal como el dicho indicaba, «todo Halle estaba patas arriba». Las personas se acercaban a completos extraños y les preguntaban qué opinaban de esas conferencias. Era como si la ciudad entera estuviera respirando un espíritu nuevo y anhelara también ser tomada por ese espíritu. Una vez que pude hacerme de las conferencias impresas de von Gerdtell y las leí, no pasó mucho antes de que fuera parte de ese movimiento, de su llamado a arrepentirse y de su búsqueda de un cambio interior radical. El llamamiento resonaba con palabras incisivas: «¡Arrepiéntanse, porque el reino del cielo está cerca!». Me sentí tocada en el corazón, juzgada, y comencé a poner mi vida personal en orden. Y lo más importante: comencé a buscar contactarme con otros que hubieran sido conmovidos de una manera similar.

Personas de toda condición se unieron a esa renovación, aunque en Halle se trataba, sobre todo, de aquellos que pertenecían a los círculos «mejores» o «académicos». Solían reunirse en los hogares, por ejemplo, en la casa de Frau Else Baehr, esposa del cirujano general

and mis sisters, through friends and acquaintances and even through some people in the shops or in the street.

Just as the saying indicated, «all Halle was upside down». People came to complete strangers and asked them what they thought of these conferences. It was as if the whole city were breathing a new spirit and yearning to be taken by that spirit. One day that I could

de la ciudad; o en la de Frau Schultz, la esposa de un oftalmólogo prominente. Esas mujeres abrieron las puertas de sus grandes salones para que allí se celebraran reuniones, conferencias y debates. Algunos, como Paul Zander (quien más tarde se convirtió en un cirujano calificado) y su prometida Lene Örtling, Karl Heim (futuro célebre profesor en Tubinga) y Sigmund von Salwürk (un famoso artista y pintor) se habían convertido a Cristo y estaban estudiando la vida de los primeros cristianos y su fe «primitiva» junto con otros. Ni iglesia, ni secta; ¡sino una alianza de todos los creyentes!

El 4 de marzo de 1907, mis hermanas Else y Monika recibieron una invitación para asistir a una reunión vespertina en casa de Frau Baehr. Un estudiante de teología y amigo del doctor von Gerdtell, llamado Eberhard Arnold, iba a disertar. Else y Moni (como llamábamos a Monika) no tenían demasiadas ganas de asistir, en tanto yo estaba más interesada. Mis padres no aprobaban que fuera a la casa de una extraña. En aquellos días, eso no era algo frecuente, a menos que una fuera una conocida de la familia. Curiosamente, aunque estaba algo nerviosa, sentía que cada una de mis fibras era atraída hacia allí. Así que fui. Eberhard habló acerca de la Carta a los Hebreos, capítulo diez: «. . . teniendo plena confianza para entrar al lugar santísimo por la sangre de Jesús. . . acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe. . .»

Después de la reunión, Eberhard fue rodeado por un grupo de personas que le preguntaban cómo poner en práctica aquellas palabras. Aunque me sentía profundamente desafiada, me contuve y, finalmente, me fui a casa. A pesar de todo, no pude olvidar aquella tarde: el amor de Cristo que se manifestaba a través de las palabras de Eberhard me llenaba poderosamente, como si estuviera persiguiéndome. Un día, mientras aún estaba profundamente conmovida por la experiencia, fui a ver a Frau Baehr para intentar contarle lo que me había preocupado por tanto tiempo. Yo era por naturaleza muy tímida en cuanto a revelar asuntos tan personales, pero más que nunca aquello parecía tratarse de la eternidad y del llamamiento a un discipulado para toda la vida.

El domingo anterior a Pascua (24 de marzo de 1907) Eberhard y yo volvimos a encontrarnos en la casa del oftalmólogo Schultz, donde Bernhard Kühn estaba ofreciendo una charla. Kühn era un

hombre pequeño y deforme, pero estaba lleno de vida y tenía un fuego interior. Penetraba en el corazón de quienes lo escuchaban con su visión profética del futuro de Dios: «. . . aún no se ha manifestado lo que seremos. Pero sabemos que, cuando él sea manifestado, seremos semejantes a él porque lo veremos tal como él es» (1 Jn 3:2). Todos los presentes se sintieron profundamente conmovidos por el mensaje. Unos pocos contaron y dieron testimonio de lo que Cristo significaba para ellos y para su futuro. Con bastante timidez, yo también me puse de pie por primera vez y dije que desde ese momento en adelante mi vida solo pertenecería a Cristo.

No me perdí ni una de las siguientes reuniones del movimiento de avivamiento; así de profundamente me habían conmovido la verdad y la claridad del evangelio. Después de varias de aquellas reuniones, Eberhard me acompañó a casa. Desde el principio nos comprendimos en nuestra búsqueda común, motivados como estábamos por el espíritu que, según sentíamos, nos guiaba. Hablábamos acerca de las reuniones, de la guía de Jesús en nuestra vida y de nuestro entusiasmo por una vida entregada solo a él. Semanas después, Eberhard me dijo que, desde el primer momento en que me había visto, instintivamente había sentido que estábamos hecho el uno para el otro.

Cuando se despedía de mí en la última tarde de aquella serie de reuniones, el 27 de marzo de aquel año, Eberhard me preguntó si sentía, tal como él, que Dios nos había guiado uno hacia el otro. Le respondí que sí, y a partir de ese momento me sentí unida a él. Les dije a mis padres que me sentía como si estuviera comprometida. El compromiso formal se llevó a cabo el 29 de marzo, Viernes Santo, cuando Eberhard visitó a mis padres y les pidió permiso para casarse conmigo. Al principio, se opusieron, pero luego nos permitieron hablar a solas. Hablamos y oramos, leímos juntos el salmo 34 y pusimos nuestra vida en manos de Dios. A partir de ese momento, nos consideramos comprometidos. Mis padres se mostraron dispuestos a aceptarlo con la condición de que los padres de Eberhard también estuvieran de acuerdo.

Desde el principio, la época de nuestro compromiso estuvo llena de alegría y entusiasmo, incluso mientras nos encontrábamos en plena búsqueda y lucha. Queríamos entregar nuestra vida a

Cristo, salvar a los perdidos, consolar a los oprimidos e invitar a los pecadores a arrepentirse. Buscábamos ayuda y estímulo en los amigos y compañeros de los nuevos grupos que ya estaban formados o en proceso de formación. Leíamos juntos fragmentos de los Hechos de los Apóstoles y de las cartas de Pablo, Juan y Pedro. También intentábamos analizar el Apocalipsis de Juan, pero apenas lográbamos comprenderlo.

Eberhard estaba estudiando en Breslavia para aprobar su semestre y solo podía ir a Halle de visita. Yo no regresé a Salzwedel, en parte porque tenía un exceso de trabajo, pero también porque no podía separarme del movimiento de avivamiento que se expandía por Halle.

Eberhard y yo estábamos deseosos de encontrar la unidad con Cristo y establecer una relación próxima con aquellos que estaban empeñándose en conseguir el mismo objetivo. Queríamos comprender cómo habían vivido los primeros cristianos y en qué creían. A través de eso, la cuestión social y la cuestión de lo que verdaderamente significa ser parte de una iglesia se volvieron cruciales. Nos dimos cuenta de hasta *qué* punto la vida que conocíamos estaba dividida en clases y castas. Muchas personas, incluyéndonos, disfrutaban de una posición de privilegio, no solo con respecto a sus posesiones terrenales, sino también en un sentido intelectual, y no tenían casi nada en común con otros menos afortunados que ellos.

Intentábamos encontrar claridad en esas cosas, y el que nos sintiéramos tan unidos en nuestra búsqueda fue un regalo especial de aquella época de nuestro compromiso. Los nueve volúmenes de cartas que intercambiamos mientras estuvimos comprometidos (que aún conservo) contienen mucho de nuestras percepciones, esfuerzos y angustias.

De las últimas teníamos en abundancia, por cuanto los padres de Eberhard y los míos no podían comprender nuestro enfoque revolucionario del problema de la justicia social y de los asuntos referidos al bautismo y la iglesia. Con respecto al bautismo, por ejemplo, nos parecía evidente que la iglesia institucional se apoyaba sobre unos principios completamente equivocados al recibir a criaturas como miembros por derecho de nacimiento. Creíamos que los individuos maduros debían dar ese paso de forma voluntaria sobre la base de su



Durante sus casi tres años de compromiso, Eberhard y Emmy pasaron muy poco tiempo juntos. Eberhard estaba en la universidad; además, los padres de Emmy impusieron una separación forzada de seis meses para desalentar a la joven pareja de recibir el bautismo de adulto y así dejar la iglesia estatal.

propia fe. Cuando eso se hizo claro, surgió una amarga lucha con nuestras respectivas familias, que se valieron de todos los medios posibles para evitar que fuéramos bautizados. (Hay más sobre esto en el libro *Love Letters*, «Cartas de amor», que incluye una selección de las cartas escritas durante los casi tres años que duró nuestro compromiso). A esa dificultad se añadió el miedo de mis padres referido a que fuera a influenciar y a «contagiar» a mi hermano y a mis hermanas con el asunto del bautismo, puesto que casi todos ellos ya estaban profundamente involucrados con el movimiento de renovación.

La cuestión llegó a su punto más alto cuando a Eberhard se le prohibió presentarse a sus exámenes doctorales en Teología, porque no deseaba convertirse en pastor de la iglesia estatal. Cuando mi padre y mi madre se enteraron de eso, se molestaron más que nunca. «¿Cómo es posible que un hombre se comprometa con una mujer sin antes tener una base económica sólida para su futura familia?». Según mis padres, la actitud de Eberhard era absolutamente irresponsable.

Esto es una vista previa. Obtenga el libro completo aquí.

No mucho después, en Erlangen, Eberhard cambió de carrera y comenzó a preparar sus exámenes para doctorarse en Filosofía. Aproximadamente un año después, a fines de noviembre de 1909, los aprobó. A pesar de las numerosas responsabilidades que tenía en esa época en tanto conferencista y consejero estudiantil, se graduó con los más altos honores, *summa cum laude*. Esto no garantizaba una base financiera segura para nuestro futuro, pero le recordamos a mi padre su promesa: una vez que Eberhard obtuviera su doctorado, ya no podría poner más obstáculos a nuestro matrimonio. Al principio, mi padre dudó, pero finalmente entregó mis documentos. Más tarde aquel mismo día fuimos a ver al funcionario del registro y le manifestamos nuestra intención de casarnos, una formalidad que debía ser completada tres semanas antes de la boda. Elegimos la primera fecha disponible: 20 de diciembre. ¡Por fin terminaría aquel largo período de suspenso e incertidumbre!

Desde nuestro compromiso en la primavera de 1907, jamás había permanecido en el mismo lugar por mucho tiempo. Además del conflicto con mis padres, varias circunstancias habían vuelto imposible que me quedara en casa, y había vivido en varias ciudades por toda Alemania, quedándome con amigos o con familias cuyos hijos cuidaba. Los amigos me apodaban «la holandesa errante», por mi apellido de soltera, «von Hollander».

Afortunadamente, todo acabó bien y la boda se celebró en casa de mis padres, de una manera acorde con nuestras convicciones. Los padres de Eberhard y la mayoría de sus hermanos y hermanas fueron parte de la ceremonia. Al igual que el resto de los familiares, habían manifestado objeciones al principio y nos habían advertido que esperaríamos hasta tener una base económica sólida. Nosotros, sin embargo, queríamos fundar nuestra vida en común completamente sobre la fe. Esa fe jamás nos ha decepcionado.

